

Europa y los árboles mediterráneos

Pedro Montserrat Recoder

Los aceites y el olivo están de actualidad. Hay amenazas y vemos reacciones de quienes temen lo peor: menos trabajo, hambre y miseria. No es para menos. Ahora quiero comunicar algo de lo que pienso y podría servir para organizarnos mejor, para saber estar en el sitio que nos corresponde, como mediterráneos que deseamos ser comprendidos por los europeos de otros climas y mentalidades.

Con los modelos econométricos usados ahora, sin contar «jamás» con la «situación temporal» -el tiempo como condicionante-, y además con la perspectiva del «mercado mundial» de aceites, es posible frenar al aceite de colza o girasol, por ser cultivos de pocos meses y propios de unos agricultores que «pueden elegir» entre varias posibilidades, pero el hombre mediterráneo, -en especial griego o el andaluz nacido entre olivos-, está «metido» en su naturaleza con milenios de historia y maneja unos árboles centenarios que no puede renovar en pocos meses. Nuestras culturas aprendieron a esperar, para conocer bien y saber aprovechar todas las oportunidades manteniéndose integrados al «sistema», el que todos conocemos por haber nacido en él. Por lo tanto los demás europeos, los del norte, deben aprender «algo más» para situar sus proyectos en el tiempo, en el devenir histórico que tanto condiciona el desarrollo del hombre mediterráneo.

La viña dura menos pero tam-

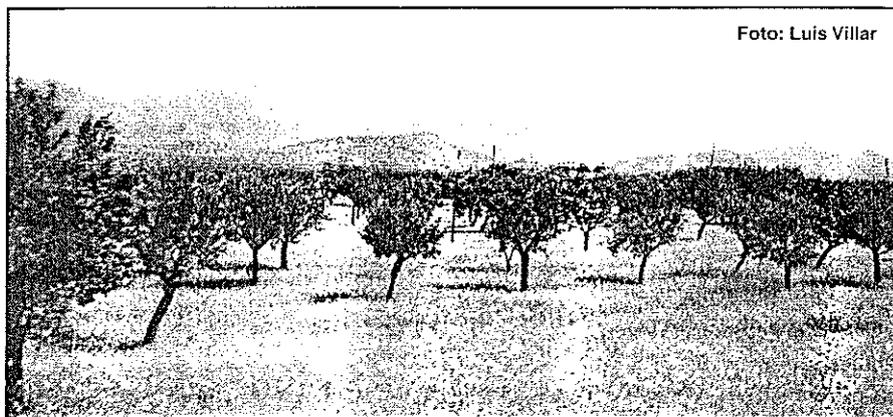


Foto: Luis Villar

bién tiene condicionantes temporales, por ser un cultivo que dura más de 20 años y no es fácil dejarlo, arrancar las cepas para poner «otra cosa». En el despacho y ante un ordenador... todo es posible, pero para quienes viven de los olivos, almendros y vides, la «naturaleza manda», no el europeo de turno.

El almendro tiene vida larga, intermedia entre la de vides y olivos, con resistencia probada ante sequías prolongadas, pero sus raíces penetran menos que la vid y mucho menos que la higuera, otro símbolo mediterráneo que apenas alcanza la Jacetania, pero la vemos en los somontanos, Agüero, San Felices y Cinco Villas.

Combinando esas plantas extraordinarias han vivido y prosperado nuestros hombres, muchas culturas, y aún podemos ver ahora paisajes armoniosos en las «llanuras manchegas» con suelo profundo y agua freática que ya se agota por «el abuso» de unos pozos incontrolados. El hombre moldeó su paisaje, pero no puede sustituir sus plantas añejas con la celeridad

del que maneja girasol, colza o plantas de pocos meses, en las llanuras europeas.

Dije antes que los problemas del olivo, las viñas y otros cultivos especializados durante milenios, preparados para resistir la sequía y producir a pesar de todo, -pero con unas cosechas imprevisibles y alguna extraordinaria inesperada-, deben servir a nosotros, los jacetanos situados en un ambiente mediterráneo, pero templado-frío como en los montes europeos, donde la vida es difícil también. La vida en ambiente difícil exige mucha organización.

Los modelos agronómicos pensados y experimentados en llanuras como la gran Pradera de USA o algunas estepas, con enormes superficies mecanizables, no sirven aquí. La montaña nos acogió mientras supimos aprovechar cualquier oportunidad, para ligarlas todas a un «modo de vida» perfeccionado por las adversidades o unos estímulos que ahora faltan; los hombres tan recios fotografiados por Compairé hace casi un siglo, se adaptaron a la naturaleza

bravía que los moldeó y estimuló.

Esquemáticamente ya tenemos dos ambientes y dos estrategias todas ellas favorecidas por la evolución «en su ambiente», una coevolución que adapta cada elemento del sistema complicado para desarrollar lo más útil al hombre: potencia donde hay muchas posibilidades productivas y eficiencia donde tenemos dificultades para producir. Una característica del sistema eficiente es su «diversificación estructural», con sectores muy estables que orientan la producción en partes «delicadas» del sistema pero que son muy dinámicas.

En la montaña fueron los animales quienes vaciaron las selvas, dinamizaron el pasto, para vida del rebaño y del hombre que lo maneja todo.

Nuestras ciudades optaron por la potencia y despielfarran lo mucho que reciben, no intentan reciclar de

verdad; contaminan, destruyen la diversidad conseguida y «reparan» basura. Es nuestro ambiente, el de ahora, y deberíamos acelerar las reacciones que ya se inician, pero son tímidas y no bastan. Lo del «comisario europeo» y el olivo son unas manifestaciones típicas de nuestra sociedad que abusa de la potencia. El ciudadano invade lo que antes «abandonamos» y así la montaña se banaliza, pierde bosques y estructuras estabilizadoras. Nuestros técnicos están condicionados por este ambiente prepotente, avasallador.

El olivo milenario y, más aún, lo que su estabilidad representa, junto con el bosque adaptado a la montaña y conservador del suelo con agua que fluye mansamente, deberían simbolizar un cambio de actitud, con armonía entre nuestra vida y el paisaje que recibimos para darlo a nuestros hijos. Es

importante valorar la diversidad paisajística, las estructuras conservadoras del pasto entre matas y árboles, unos setos pujantes, bien cuidados, y el prado segado en el momento preciso. Pero eso ya entra en otro tema.

Se habla de diversidad, biodiversidad, de unos paisajes bucólicos y atractivos para un «turismo rural» que puede dinamizar también el de siempre, pero todo forma parte de la estrategia conservadora de lo esencial (bosques, prados, pastos, abrevaderos, saladeros, bordas, pueblos rejuvenecidos, etc.) y del hombre integrado, el propietario de su valle con una escuela para formación interactiva. Me limito a dar un esbozo, algo que ya destaca la necesidad de mantener y diversificar las estructuras heredadas, con nuestros bosques maravillosos entre pastos y la pradería de cada pueblo. ■